

Cincuenta sombras de Luisi



La versión de andar
por casa del libro
más caliente de los
últimos años

Ángel Sanchidrián

minotauro

Cincuenta sombras de Luisi



Ángel Sanchidrián

minotauro

Índice

50 sombras de Luisi	11
La Marce y Virtudes	16
Luisi Balboa	25
Anatomía de Luisi	33
Autoservicio	40
Lleno, por favor	44
Responsable de bazar, acuda a Información	51
Día del Orgullo Luisi	63
Los juegos del hambre	68
Sinopsis de una peli porno	73
Chapa y pintura	79
De picos pardos	85
Escuela de seducción	94
El cajón de los tesoros	99
Cinema Paraluisi	103

Al agua patos	110
Velada romántica	115
<i>Tuppersex</i>	120
¿Te has fumado un porro, Luisi?	123
Despedida de soltera	128
¡Que voy bien!	135
Full Manolo	140
Pretty Luisi	145
Cibersexo	150
Cómeme el berberecho que se le van las vitaminas	155
Poda y desbroce	163
Por detrás	168
Luisi a la cubana	171
Ama Luisi	175
Aquí te pillo, aquí te mancillo	181
¡Se nos va!	185
Índice	

© Ángel Sanchidrián, 2016, 2017, 2024

Diseño de interior: dtm+tagstudy

Ilustración de cubierta: José Fonollosa

Diseño de cubierta: Book & Look

Imágenes de interior: pp. 31-32: Pressmaster - Shutterstock;

pp. 40 y 90: PremiumVector - Shutterstock;

pp. 148-152: © Ronald Sumners - Shutterstock

Publicación de Editorial Planeta, S.A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

Copyright © 2024 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

ISBN: 978-84-450-1919-1

Depósito legal: B. 14.122-2024

Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

50 sombras de Luisi

MARTES 5 DE MAYO, 20:15 H.

Salgo de musicoterapia y voy a tomar algo con las amigas. Con todas menos con Reme, que le ha dado la ciática en la conga y se ha marchado a casa. Vamos a un sitio nuevo que conoce Begoña que por dos euros te ponen una caña y un pincho así de grande, que con un par ya has cenado.

Allí la Marce nos cuenta que se está leyendo el libro ese de darse azotes. Por lo visto es de un señor rico que coge a una chica jovencita y en vez de darle besos y hacerle arrumacos la toma por una piñata y la escaralla. Es lo que se lleva ahora en el sexo. Claro que a ella le debe gustar porque vuelve a por más, como la gata flora, que si se la metes grita y si se la sacas llora.

El caso es que de camino a casa no dejo de darle vueltas al tema y me sorprende a mí misma pensando en hacer algo parecido con Manolo, que es lo que tengo disponible. No es que a mí me guste que en la cama me traten como a una yegua, pero a lo mejor así resucitamos nuestra vida sexual, que lleva muerta desde que empezó a tener más tetas él que yo.

Llego a casa y me doy una ducha de las esmeraldas, poniendo especial énfasis en frotar el peluche y aledaños, que quede apetitoso. Luego voy al salón en ropa interior, apoyo una mano en el marco de la puerta y le digo a la cosa esa que hay desparrada en el sofá que me acompañe a la habitación.

Él no entiende nada pero obedece, por no discutir y porque el tema pinta retozón, que no acostumbra. Así que se pone en marcha y cuando pasa junto a mí le suelto un manotazo en el culo y un «que te como, pirata». Crece su extrañeza.

—Luisi, ¿has bebido?

—Calla, señor Bermúdez, y tira que te voy a dar la paga—. Le doy otro azote mientras avanzo detrás de él.

Manolo en estas cuestiones muy exquisito no se pone. Cuando cruzo el pasillo y le doy alcance, él ya está con los calzones por los tobillos dicién-

do «rápido, que empiece el Pasapalabra». Pero no le hago caso. Hoy no va a ser el «aquí te pillo, aquí te mancillo» de siempre.

Le digo que se tumbe boca abajo y pienso. Necesito un látigo, que es muy erótico, que me lo ha dicho la Marce, pero en casa no tengo de eso así que cojo un cinturón, uno con la hebilla de golfi. Así, en bragas y con un antifaz de cotillón, le arreo un latigazo en la espalda. Manolo se caga en mis bisabuelos, en mi gazpacho y en el ministro de hacienda.

Hay que pensar otra cosa porque la dominación con latigazos no ha dado los resultados esperados. Manolo sigue retorciéndose intentando que la mano le alcance la zona donde le he atizado para aliviarse el escozor. Así que ahora me tumbo yo en la cama y le pido que me dé azotitos. A la segunda hostia que me suelta en el culo con la manaza abierta, que la tiene como una peineta de berenjenas, estoy empotrada contra el cabece-ro de forja toledana. Esto parece un rodeo americano. Así tampoco.

—Te voy a estimular el punto ge —le digo con sensualidad, pasándome la lengua por los labios. Quizás haya exagerado un poquito el matiz sexi y haya parecido una vaca bebiendo, pero bueno, ya está hecho.

—Eso —dice él—. Bájate a los columpios que tengo la mazorca a punto de hacer palomitas.

Para mí que este no se ha enterado muy bien de lo que le voy a hacer. Me humedezco un dedo con saliva y le pongo la banderilla. Manolo clava las uñas en las sábanas, aprieta los dientes y su voz se vuelve aguda. Su cara ahora mismo es como dos huevos fritos con labios.

—Hiiiiijja de puta...

Saco el dedo deprisa. Ya no sé ni por qué sombra voy, pero a las cincuenta me da a mí que no llegamos. Voy a pasar al erotismo verbal. Esto no puede fallar porque lo he visto en un montón de películas españolas y siempre funciona.

—Manolo, dime cosas feas.

—Guarrilla.

—Eso es.

—Putita.

—Así, sigue, dime más.

—Cotilla, histérica, eres como tu madre, todo el día tocando los cojo...

—Pero qué hablas, borracho.

—Yo a esa señora no la quiero más aquí en Nochebuena.

—Mira, Manolo, mi madre vendrá a esta casa cuando ella quiera. No empecemos otra vez con lo mismo, te lo pido por favor.

—Bueno, pero hay mandanga o no hay mandanga.

—Ya por no oírte, hijo mío.

—Venga, ponte boca arriba, a ver si me da tiempo de ver el rosco, que hay casi un millón de bote.

—¿Ya estás dentro?

—Qué cabrona eres.

La Marce y Virtudes

SÁBADO 9 DE MAYO. 12:05 H. EN LA CALLE.

Hace un calorcito propio ya de esta época del año, así que aprovecho para bajar a tomar el aperitivo a la terraza del centro de la tercera edad, en la plaza del pueblo. Solemos venir aquí porque es muy barato y nos podemos tirar horas sentadas de cháchara con una sola consumición, aunque el dueño nos mira mal y comenta en alto para que le oigamos lo poco que le renta tener una clientela así. Mientras espero a que llegue la Marce, pido una clara con limón para mí y a ver qué quiere tomar mi tía abuela Virtudes, que me la ha traído mi madre para que cuide hoy de ella. Desde que se quedó viuda, hace ya lo menos veinte años, no ha querido más hombre en su vida ni mudarse a una residencia o

a casa de alguno de sus hijos. Y llévale tú la contraria a la señora esta.

—Tía —le digo—. ¿Quiere usted tomar algo?

La llamo de usted porque no me deja tutearla, que según ella tutear es de gentuza. Se está colocando la ropa tirando de ella hacia abajo y ni me mira.

—¡Tía Virtudes! —insisto alzando la voz y golpeando suavemente la mesa. Por fin levanta la cabecita y me mira.

—Servidora —contesta. Se pone en su sitio los dientes de arriba con la lengua, que se le han descolgado un poco.

—Que si quiere tomar algo, que la invito.

—Hija, como no hables un poco más alto...

—¡Que si quiere algo de beber! —grito como una verdulera.

—¡Un mosto! ¡Fresquito! —grita ella también, supongo que para oírse a sí misma.

Me fijo en que lleva un audífono y señalo mi propia oreja preguntándole por señas si lo lleva encendido. Ella contesta que no meneando la cabeza.

—¡Es que me raspa y me hace costra! ¡Lo llevo suelto!

Madre mía, a esta mujer le llaman al timbre y se va a abrir el microondas.

Mientras chupeteo la espuma de la cerveza estoy viendo cómo los abuelos del centro del mayor han cogido el banco de la puerta del ayuntamiento y lo han traído a rastras hasta aquí para sentarse a ver pasar a la gente, que últimamente por la crisis hay pocas obras. La operación ha sido compleja pero no han sufrido bajas. Además el alcalde le tiene dicho al conserje que no intente detenerlos aunque se quieran llevar al tesorero, que con los jubilados es mejor estar a bien. Él se pasa la legislatura esquivándolos.

Se deben haber sentado unos seis o siete en el banco, no sé cómo lo han hecho. Siempre que se reúnen a debatir utilizan la garrota para enriquecer su léxico y enfatizar muchas emociones: sorpresa, indignación, trae eso pacá, quita de ahí, Santa Ana Madre María o penalti coño. También la usan para señalar objetos a golpes y anunciar que van a decir algo importante dando bastonazos contra el suelo con ánimo ibérico. La garrota tiene todo un lenguaje propio, como el abanico aunque algo menos sugerente. Es difícil ponerse coqueta a garrotazos.

Las mujeres están dentro dando clases de memoria, informática e inglés, entre otras cosas. La mayoría no sabe ni qué hace en esas actividades, pero son gratis. Un año quisieron cobrar matrícula y acorralaron a la conserje hasta que bajó el concejal de Mayor y Familia y se pudieron despachar a gusto con él. En Navidad el alcalde les metió una botella de moscatel y una caja de lenguas de gato en la cesta y el incidente quedó más o menos solventado. Desde entonces no les cobran ni el callista. La conserje sigue de baja y si ve más de tres abuelos juntos se colapsa.

**12:38 H. LLEGA LA QUE FALTABA.
TARDE, COMO SIEMPRE.**

—¡Chocho! —grita la Marce mientras se acerca saludándome a lo lejos con la mano. Se ha puesto los zapatos con plataforma y va corriendo como ciervo recién nacido. Un día se va a caer de esos tacones, que son como un bajo entreplanta, y se va a romper la crisma.

Viene vestida con una camiseta del taller de su cuñado, ceñida hasta la asfixia, y una minifalda pegada a los muslos como el plástico de los tranchetes, que para quitársela se tiene que chupar los dedos. En su línea de sencillez y frescura.

Porque la Marce es de contorno espacioso, pero sólo compra la talla M, aunque la sangre no le circule.

Cuando por fin llega a la mesa, roja y jadeante, se tira sobre la silla y suelta un suspiro de puro agotamiento. Me mira a mí. Mira a mi tía abuela. Vuelve a mirarme a mí.

—Luisi, ¿quién es esta señora y por qué se está metiendo los panchitos de aperitivo en el bolso?

—Es mi tía abuela, Virtudes, que hoy pasa el día conmigo. ¡Tía, le presento a mi amiga Marcelina!

—Encantada, señora.

—Quita, a mí no me beses —le dice Virtudes apartándose hacia un lado cuando la Marce le va a dar dos besos—. A mí no me beses que a saber...

Marce me mira de nuevo girando en círculos el dedo índice contra su sien. Yo apruebo su diagnóstico agitando la mano a la altura del pecho. Mi tía es un personaje peculiar. Los 80 los tiene ya celebrados varias veces, y se ve que el tiempo la trata más como al pan de molde que como al buen vino. De aspecto es menuda, arrugada, muy flaca y camina encorvada. Trae el pelo blanquísimo chafado por detrás de haberse levantado de la cama y haberse cepillado sólo lo que ella se ve en

el espejo. De oído y de vista tiene lo mismo que un tiesto, y cuando le da el derrepente, que sucede a menudo, es peor que una tertuliana. Aun así tiene una mirada resabiada y un gesto tranquilo de serena indiferencia.

—A ese me lo tiraba yo si él quisiera —dice la Marce mirando al camarero nuevo, uno de Europa del Este con más cuello que muslo y cara de que te va a volcar el coche—. Y que me deje como la toalla del bidé.

Marcelina nació con el don de convertir cualquier situación en el eslogan de un puticlub.

—Bueno, ¿y qué tal el otro día con Manolo? ¿Probaste lo que te dije? —me pregunta removiendo los hielos del biterkás con el dedo.

—Sí, hija, sí. Lo probamos —le contesto resignada.

—Qué pasa, ¿que no te gustó?

—Yo sadomasónica no me veo. Lo de pelearme y hacer el amor me gusta que vayan separados.

De repente me interrumpe y señala a Virtudes con el pulgar, pero la tranquilizo con un gesto de la mano. Si hablamos en un tono de voz normal no nos oye. Además ahora está entretenida con

un mando a distancia que ha sacado del bolso y se lo ha pegado a la cara para intentar leer lo que pone en los botones.

—¿Y Manolo? —sigue interrogándome la Marce.

—Manolo está como el perro cuando lo castramos, que viene a comer si le llamo pero con desconfianza. Me ha escondido los cinturones.

Mientras inspecciona el mando, Virtudes está comiendo aceitunas con la boca abierta, haciendo el mismo ruido que un bebé al mascar un chupete.

—Vosotras dos sois un poco putillas, ¿no? —suelta de golpe, sin dejar de chascar con la aceituna ni de escrutar el mando a distancia.

—¡Pero tía!

—Las jóvenes de ahora sois muy guarras.

—Por favor, tía, no diga esas cosas.

—Y mi hija sin llamarme. —Se pega el mando de la tele a la oreja—. No da señal. Toma, míramelo tú, que yo no lo entiendo.

—Virtudes, que esto es un mando a distancia, no un teléfono móvil.

Me lo quita de las manos y se lo vuelve a pegar a las gafas para examinarlo de nuevo. Ahora entiende por qué no cambiaba de canal el televisor.

—Pues en efecto —confirma metiendo el mando en el bolso—. Me han vuelto a dar el cambiazo.

—¿Quién le ha dado el cambiazo? —pregunto sin poder aguantarme la risa.

—Mi yerno, que es gilipollas. Le voy a quitar del Facebook.

La Marce ha dejado de hacernos caso para ponerse a seducir al camarero. Le lanza un beso estirando los morros a cámara lenta. Luego, sin dejar de mirarle fijamente, chupa el borde del vaso como un San Bernardo rebañando un yogur. Cautivadora. Para terminar se acaricia el cuello y los pechos y le señala como diciéndole «todo esto es pa ti, a domicilio o a recoger en local». Así es como Marcelina se pone sexi.

—Marce, por favor...

—Es que me está provocando, y yo tengo la zanja en obras.

—¡Si no está haciendo nada!

—Pero lo piensa; se lo noto en los ojos. Además con esos pantaloncitos ajustados va provocando. A este me lo calzo yo como está mandao.

—¿Tú no estabas ahora conociendo a uno? Un taxista que era muy majo —le pregunto haciendo un esfuerzo por recordar cuál es su última aventura amorosa.

—Sí, pero ya le dejé, que era muy pesado. A mí me gustan como el ruso este, que vengan de la guerra y quieran seguir luchando.

—Da igual lo que te diga, ¿verdad? Te vas a lanzar a por él.

—Como que estas dos son mías —contesta agarrándose las pechugas con las dos manos y dándolas un remeneo. El pecho que tiene ahora se lo puso el año pasado. Dijo que se iba a hacer un leve aumento, algo sutil, y se plantó un par de tetas que no le da el sol en los pies. Desde entonces no puede ver la tele tumbada. Menos mal que, por lo menos, el culo le hace contrapeso y no se vence de bruces.

—Un día vamos a tener un disgusto, Marce.

—Pues que me pille boca arriba.

Al ratito yo me marchó porque tengo que dar de comer a mi tía abuela, que almuerza a la una y media en punto sin discusión. Marcelina se queda un poco más en la terraza conquistando Polonia mientras yo me alejo con E.T. vestido de gitana colgando del brazo.